



LIEV
NIKOLÁIEVICH
TOLSTÓI

MEMORIAS
INFANCIA
ADOLESCENCIA
JUVENTUD

Traducción
J. Santos Hervás

Escritas entre 1851 y 1857, estas memorias quedaron interrumpidas. Sin embargo, gracias a su excepcional capacidad de introspección, Tólstói trasladó el relato de su vida a la de sus personajes. Su memoria vital permanecerá atrapada para la eternidad en la urdimbre de sus narraciones y nunca más, a pesar de haberlo considerado en su madurez, volverá a retomar el relato de su vida.

Estas memorias nos muestran la ternura del niño que contempla a su hermana menor golpeando con sus diminutas manos el piano, el vértigo adolescente que debe enfrentar su primer baile o el estupor de éste ante la pérdida de su madre.

«Un hombre tan apasionado de la verdad como Tólstói no puede ser otra cosa que un apasionado autobiógrafo». Stefan Zweig

Advertencia al lector

Todos los biógrafos del incomparable escritor ruso Liev N. Tolstói han reconocido en el protagonista de estas *Memorias*, Nicolás Petrovitch Irteneff, al novelista mismo, que con maravilloso arte y rara sinceridad expone en ellas todo el desarrollo intelectual y moral de su vida hasta la época de juventud.

Escritas entre los años 1831 y 1857, quedaron interrumpidas, a pesar de que el autor promete en las últimas líneas del libro una segunda parte, que nunca llegó a publicarse.

El que desee conocer los acontecimientos posteriores a este conmovedor relato, puede leer la novela del mismo autor titulada *Anna Karénina*; en uno de cuyos personajes, Levine, quiso Tolstói encarnarse con su carácter, sus ideas, sus gustos y tendencias. Aunque Levine de cara al exterior se distingue del novelista, en el fondo los dos personajes son idénticos y se confunden en una misma aspiración ideal, que ha producido las páginas más hermosas de *Resurrección* y que cortó en flor la existencia del primer Nekliudof.

Nicolás Irteneff, Demetrio Nekliudof, Levine... Estos nombres evocan el recuerdo de cosas lejanas y representan el deseo de una vida mejor, término de todos los males y principio de la verdadera felicidad. Por más que estas ideas parezcan irrealizables, no cabe dudar de la bondad de la doctrina ni del generoso propósito en que ésta se ha inspirado. Todos los hombres deben aceptar una promesa que suscita grandes esperanzas. Si la esperanza es un bien, Tolstói habrá logrado lo que ningún otro escritor podía alcanzar: que la suma de los bienes debidos a la lectura de

un libro exceda de los lisonjeros cálculos dictados por la imaginación.

Se debe buscar la dicha en la posibilidad de realizar ciertas aspiraciones, y no en las cosas realizadas, que carecen de belleza porque las contemplamos muy de cerca; y desde este punto de vista, el autor de *Polikuchka* es superior a todos los novelistas modernos.

En la *Utopía* de Tomás Moro, todos los hombres eran felices «porque no esperaban serlo». Las sublimes concepciones de Tolstói abren el corazón a la esperanza y nos permiten entrever el esplendor de los tiempos nuevos. ¡Qué importa que estos tiempos estén por venir!

Estas *Memorias* tienen además la ventaja de un estilo cuya sencillez no puede ser imitada, porque guarda relación con la pureza del pensamiento. También se distingue este libro por la exactitud de las observaciones que contiene y el vigor de los caracteres, trazados de un modo admirable, hasta el extremo de que en toda la literatura contemporánea no se encuentra un personaje mejor descrito que el pobre Carlos Ivanovitch, «predestinado por su bondad innata a la desgracia, y cuya mayor hazaña consistió en perdonar la vida a un granadero del ejército francés».

Memorias

Infancia

CAPÍTULO I

Nuestro preceptor Carlos Ivanovitch

El 12 de agosto de 18..., un día después de aquel en que cumplí los diez años y en que recibí tantos regalos, Carlos Ivanovitch me despertó a las siete de la mañana, al matar una mosca por encima de mi cabeza con un espantamoscas de papel que tenía la forma de un pilón de azúcar aplicado al extremo de una vara. Ejecutó su movimiento con poca destreza, pues el golpe dio en el cuadro de mi ángel custodido suspendido sobre la cabecera de la cama de encima, y la mosca muerta cayó directamente en mi cabeza.

Asomé la nariz por debajo de las mantas, detuve con una mano el cuadro que aún oscilaba, arrojé la mosca muerta al suelo y observé a Carlos Ivanovitch con ojos soñolientos e irritados al mismo tiempo.

Carlos Ivanovitch, con una bata de algodón guateada ajustada al talle por un cinturón de la misma tela, su gorro rojo al que no faltaba la correspondiente borla, y sus suaves zapatillas de piel de cabra, continuaba tranquilamente su inspección golpeando aquí y allá las paredes con su instrumento.

—Es verdad que aún soy pequeño, pero ¿por qué me molesta?, ¿por qué no va a matar moscas a la cama de Volodia? ¡Allí también hay muchas! Pero no, Volodia es mayor que yo; yo soy el más pequeño de todos y por eso me atormenta.

»Sólo emplea su tiempo —proferí en voz baja— en hacer cuanto pueda resultarme desagradable. Sin duda sabe que me ha despertado y que me ha asustado, pero finge

que no lo ha notado... ¡Qué feo es! ¡Y qué ridículo con esa bata, y ese gorro con esa borla!

Mientras desahogaba en mi interior la irritación que sentía contra Carlos Ivanovitch, éste se acercó a su cama, miró el reloj suspendido de la pared en una relojera recamada de perlas, colgó su espantamoscas de un clavo, y se volvió hacia nosotros con aire alegre.

—¡Vamos, chicos, arriba! Ya es hora de levantarse. Mamá ya está en el salón —gritó con su voz de acento alemán.

Se sentó al pie de mi cama y sacó del bolsillo la caja del rapé mientras yo fingía dormir. Tomó un pellizco, lo sorbió, sacudió los dedos, y se preparó para levantarme. Empezó por hacerme cosquillas en la planta de los pies, riendo con disimulo.

—¡Arriba, arriba, holgazanes!

Aunque yo tenía muchas cosquillas, me aguanté y no respondí. Oculté la cabeza bajo la almohada y di grandes patadas, haciendo enormes esfuerzos para no reír.

«¡Qué bueno es, y cuánto nos quiere! ¿Cómo he podido pensar tan mal de él?».

Estaba furioso conmigo mismo y con Carlos Ivanovitch; tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo, y me sentía a punto de estallar.

—¡Déjeme tranquilo, Carlos Ivanovitch! —grité con lágrimas en los ojos al sacar la cabeza de debajo de la almohada.

Carlos Ivanovitch, sorprendido, me soltó los pies y me preguntó con inquietud qué me ocurría, o si había tenido una pesadilla. Su cara bondadosa de alemán y el interés con que trataba de enterarse de la causa de mis lágrimas me hicieron prorrumpir en llanto. Tenía remordimientos y no podía entender cómo un minuto antes había sido capaz de no querer a Carlos Ivanovitch, e incluso encontrarlo ridículo con su bata, su gorro y su borlita. Ahora, en cambio, todo él me parecía magnífico, y hasta la borla era para mí una prueba evidente de la bondad de Carlos Ivanovitch. Le

dije que lloraba porque había tenido una pesadilla: que mamá había muerto y que estaban preparando los funerales. Todo ello era cosa por completo de mi invención porque no recordaba absolutamente nada de lo que había soñado aquella noche; pero cuando Carlos Ivanovitch, conmovido por mi narración, intentó consolarme y tranquilizarme, me pareció haber tenido en realidad aquel terrible sueño, y me puse de nuevo a llorar a lágrima viva.

Cuando Carlos Ivanovitch se alejó, y ya fuera de la cama estaba poniéndome los calcetines, me calmé un poco, pero los tristes pensamientos suscitados por el sueño que yo había inventado continuaron asediándome.

Entonces entró Kolia, un hombrecillo siempre muy atildado, siempre muy serio, ordenado, respetuoso y amigo íntimo de Carlos Ivanovitch. Nos traía la ropa y el calzado; unos botines para Volodia y un par de zapatos muy nuevos, adornados con cintas, para mí. No era posible llorar en su presencia; por lo menos yo no habría tenido ánimo para hacerlo. Además, el sol entraba por nuestra ventana, y Volodia imitaba con tanta gracia a María Ivanovna, la institutriz de nuestra hermana, y se reía tan alegremente, que hasta el mismo Kolia, con la toalla al hombro, el jabón en una mano y la jofaina en la otra, sonrió al decirme:

—Vamos, Vladimir Petrovitch, venga usted a lavarse.

Toda mi tristeza se evaporó como por ensalmo.

—¿Están ustedes listos? —gritó Carlos Ivanovitch desde el fondo de la clase.

Su voz ahora era severa, y ya no tenía la expresión de bondad que me había conmovido hasta hacerme llorar. Durante la clase, Carlos Ivanovitch era otro hombre; era únicamente el preceptor.

Me vestí a toda prisa, me lavé y acudí todavía utilizando el cepillo con que alisaba mis cabellos húmedos.

Carlos Ivanovitch, con los anteojos montados en la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio habitual, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta ha-

bía dos mesitas: la de los niños (la nuestra), y la suya, la de Carlos Ivanovitch. Sobre la nuestra se veían muchos libros de texto y de lectura, todos revueltos sin orden alguno. Los únicos que estaban cuidadosamente en la pared eran dos gruesos volúmenes de la *Historia de los Viajes*, con cubiertas de papel rojo. Los demás, de todos tamaños; algunos sin cubiertas, o incluso cubiertas sin libros, habían sido colocados por nosotros en un orden bastante problemático conforme los dejábamos cuando, en las horas de recreo, nos mandaban «poner orden en la biblioteca». Así llamaba Carlos Ivanovitch pomposamente a nuestra mesita. En cuanto a sus libros, si bien la colección era menos abundante que la nuestra, resultaba seguramente más variada.

Aún recuerdo tres de aquellos volúmenes: una obra en alemán, en pasta, *Sobre el estiércol que conviene más a las coles*; otra en pergamino (que tenía un canto quemado), sobre la guerra de los Siete Años; y el tercero, un curso completo de Hidrostática.

Carlos Ivanovitch empleaba gran parte de su tiempo en leer hasta estropearse los ojos; pero fuera de los libros de «su biblioteca» y de *Las abejas del Norte*, no leía ningún otro.

Uno de los objetos que se encontraban sobre la mesa de Carlos Ivanovitch ha quedado tan impreso en mi memoria que no lo olvidaré nunca, incluso en sus más mínimos detalles.

Era un cartón redondo colocado sobre un pie de madera. Este cartón tenía pegada una caricatura que representaba a una señora y a un peluquero. Nuestro preceptor, muy hábil en esta clase de quehaceres, había ideado y fabricado aquel disco para que le sirviera de pantalla.

Aún hoy recuerdo su figura alta con la bata de flores y el gorro, del que escapaban algunos mechones canosos. Sentado a su mesita, desde la cual el disco de cartón con el peluquero proyecta una sombra sobre su persona, con una mano sostiene un libro mientras se apoya con la otra en el

brazo del sillón. Cerca de él está su reloj, en cuya esfera hay pintado un cazador, su pañuelo de color, su caja de tabaco negra y redonda, el estuche verde de sus anteojos y las despabiladeras con su platillo. Todo está tan bien ordenado que basta echar una ojeada para adivinar que Carlos Ivanovitch tiene la conciencia tranquila y el alma en paz.

A veces, cansados de correr por el salón, nos íbamos de puntillas a averiguar lo que ocurría en la clase, y veíamos a Carlos Ivanovitch, solo, sentado en su sillón, leyendo alguno de sus libros predilectos con expresión apacible y solemne. A veces lo sorprendíamos en momentos en que no leía; los anteojos se le habían deslizado casi hasta la punta de la larga nariz aguileña; sus ojos azules entornados ofrecían entonces una expresión particular, y sus labios una triste sonrisa.

En la estancia silenciosa no se oía más que el leve ruido cadencioso de su respiración y el tictac del reloj en cuya esfera había un cazador pintado.

Frecuentemente no notaba que yo estaba allí, de pie junto a la puerta, pensando: «¡Pobre, pobre viejo! ¡Nosotros somos muchos, jugando y divirtiéndonos, y, él está solo y nadie lo acaricia! ¡Dice que es huérfano, y su historia realmente es terrible!». Me acuerdo de que un día se la contó a Kolia. ¡Es algo espantoso encontrarse en esa situación!

Sentía una compasión tan grande, que me acercaba a él y le cogía una mano diciéndole:

—¡Mi querido Carlos Ivanovitch! —Esta demostración de cariño le agradaba tanto, que me acariciaba el rostro y se emocionaba.

En la pared de la clase, frente a las mesas, había colgados varios mapas, rotos casi todos, pero cuidadosamente recompuestos por Carlos Ivanovitch. De una de las paredes laterales pendían dos reglas: la nuestra, toda desportillada, y la suya, completamente nueva, reglas que le servían más

para hacernos andar derechos a nosotros que para trazar líneas rectas.

En la otra pared había una pizarra en que se anotaban nuestras faltas, con unos círculos cuando eran graves, y por medio de unas cruces si eran leves.

A la izquierda de la pizarra estaba el rincón donde nos poníamos de rodillas cuando nos imponían este castigo.

¡Cómo me acuerdo de aquel rincón! Aún veo la puerta forrada de paño y el postigo que había en ella, e incluso tengo presente el particular ruido que producía al cerrarse.

A veces, cuando permanecía tanto tiempo en el rincón que sentía doloridas la cintura y las rodillas, me decía: «Carlos Ivanovitch se ha olvidado de mí: ¿está cómodamente sentado en su sillón leyendo su libro de Hidrostática...!, y yo...». Entonces, con el fin de que se fijase en mí, abría y cerraba a hurtadillas la puerta, o bien me entretenía en arrancar trozos del revestimiento de la pared dejándolos caer al suelo. Cuando estos trozos eran muy grandes y hacían un ruido excesivo al caer, sentía muchísimo miedo. Me volvía entonces hacia Carlos Ivanovitch, que no se movía siquiera y que con su libro en la mano continuaba impassible sin enterarse de nada, al parecer.

En medio de la estancia había una mesa cubierta con un hule negro, a través de cuyos agujeros podían verse los bordes del tablero, todos llenos de cortes de navaja. Alrededor de esa mesa había algunos taburetes de madera, lustrosos ya por el largo uso. En la última pared se abrían tres ventanas, desde las cuales se disfrutaba una hermosa vista.

A la derecha, un camino, de cuyos más pequeños accidentes me acuerdo todavía, y del cual me gustaban entonces hasta los guijarros que lo cubrían. En la parte opuesta, una alameda de tilos y un seto vivo, después un prado, y allá lejos, la casita del guarda. Desde la ventana de la derecha se veía una esquina del terrado en donde los mayores se sentaban a esperar el almuerzo. A menudo me volvía ha-

cia allí, mientras Carlos Ivanovitch me corregía el dictado, y veía los cabellos negros de mamá, y llegaba hasta mí un ruido confuso de voces y de risas. ¡Cómo me fastidiaba no poder estar yo allá con ellos!, y pensaba: «Cuando sea mayor no tendré que hacer temas ni ejercicios, y en vez de aprender diálogos alemanes, pasaré el tiempo sentado entre las personas a las que quiero».

Mi irritación se convertía en tristeza, y me quedaba tan ensimismado (Dios sabe en qué o en quién pensaba) que no prestaba la menor atención a Carlos Ivanovitch, que tanto se preocupaba por mis errores de ortografía.

Carlos Ivanovitch se quitó la bata, se puso una levita azul, arrugada por los hombros, se arregló la corbata ante el espejo y nos llevó a dar los buenos días a mamá.

CAPÍTULO II

Mamá

Mamá estaba en la sala, sentada ante la mesa en que preparaba el té. En una mano tenía la tetera y en la otra el recipiente del samovar.

La tetera rebosaba y el agua caliente caía sobre la bandeja, y mamá, aunque tenía los ojos fijos en la tetera, no lo notaba, como tampoco advirtió nuestra entrada.

Cuando uno se esfuerza en traer a la memoria las facciones de un ser querido, son tantos y tantos los recuerdos que se agolpan en nuestra mente que nuestros ojos llegan a enturbiarse como si se cubriesen de lágrimas. Son las lágrimas del alma. Cuando trato de representarme a mamá en aquella época, no recuerdo más que sus ojos negros, que siempre expresaban bondad y afecto, el pequeño lunar en la mejilla, un poco más abajo de donde caían algunos rizados cabellos rebeldes, y su cuello blanco, su mano descarnada pero delicada, que me acariciaba muy a menudo y que yo besaba con frecuencia.

El conjunto, sin embargo, escapa a mi imaginación. A la izquierda del diván había un viejo piano inglés de cola; ante el piano, una niña morena, mi hermana Liubotshka, que porfiaba con un estudio de Clementi, agitando sus deditos rosados, lavados hacía poco con agua fría.

Tenía once años, llevaba un vestido corto y pantalones bordados. Junto a ella, se sentaba su institutriz María Ivanovna, con su cofia de lazos color rosa, la blusa azul, la cara rubicunda y siempre adusta, que adquirió una expresión aún más áspera cuando apareció Carlos Ivanovitch. Lo miró con aire amenazador, y sin responder a su saludo, levantó

el tono, y acentuando cada vez más su voz de mando, siguió contando mientras llevaba el compás con el pie: uno, dos, tres; uno, dos, tres.

Carlos Ivanovitch, según su costumbre, no hizo ni caso de ella y fue derecho a besar la mano de mamá, según la costumbre alemana. Mamá despertó de sus ensueños, movió la cabeza como para desechar algún pensamiento doloroso, dio la mano a Carlos Ivanovitch, y lo besó en la vieja frente arrugada mientras él se inclinaba para besarle la mano.

—Gracias, mi querido Carlos Ivanovitch —dijo en alemán—. ¿Han dormido bien los niños?

Carlos Ivanovitch era sordo de un oído y no oyó nada a causa del piano. Se inclinó aún más sobre el diván con un pie en alto y una mano apoyada en la mesa, levantando al mismo tiempo su gorro y diciendo, con una sonrisa que me parecía entonces la quinta esencia de los buenos modales:

—Usted dispense, Natalia Nicolaievna...

Carlos Ivanovitch no se quitaba nunca su gorro por miedo a resfriarse; pero al entrar en el salón no se olvidaba ni una sola vez de pedir permiso para conservarlo.

—¡No se moleste usted; ante todo la comodidad! Le preguntaba —dijo mamá volviéndose hacia él y levantando la voz— si los niños han dormido bien.

Él no oyó nada tampoco esta vez, y sonrió aún más graciosamente mientras volvía a ponerse el gorro.

—Para un poco, Mimí —dijo sonriendo mamá a María Ivanovna—; no se oye nada con ese piano.

Cuando sonreía, mamá (mamá era muy bella) se ponía más hermosa aún, y se hubiera podido decir que la alegría se derramaba a su alrededor. ¡Si en los momentos tristes de mi vida pudiese volver a entrever aquella sonrisa, con seguridad que no me afectarían las desventuras!

Me parece que la belleza, o el conjunto al que damos este nombre, reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, podría decirse que el rostro es bello; si no aña-